



# La era de las expectativas limitadas

PAUL KRUGMAN

PREMIO NOBEL  
DE ECONOMÍA 2008

*Ariel* ECONOMÍA

PAUL KRUGMAN

La era de las  
expectativas  
limitadas

*Ariel* ECONOMÍA

Título original: *The Age of Diminished Expectations*

Traducción de Mireia Carol i Gres (1.<sup>a</sup> edición)  
y Blanca Ribera de Madariaga (2.<sup>a</sup> edición, revisada)

1.<sup>a</sup> edición: octubre de 1991  
2.<sup>a</sup> edición, revisada (de la 3.<sup>a</sup> edición inglesa): septiembre de 1998  
1.<sup>a</sup> edición en esta presentación: mayo de 2016

© 1994: The Washington Post Company

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo  
y propiedad de la traducción:  
© 1991, 1998 y 2016: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona.  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2361-9

Depósito legal: B. 6.417 - 2016

Impresión y encuadernación en España  
El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o  
por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

<i>Prólogo</i> , por Paul A. Samuelson .....	9
<i>Prefacio</i> .....	11
<i>Introducción</i> .....	15

### PRIMERA PARTE

#### LAS RAÍCES DEL BIENESTAR ECONÓMICO

1. <b>Crecimiento de la productividad</b> .....	23
Productividad y competitividad .....	25
2. <b>Distribución de la renta</b> .....	35
3. <b>Empleo y desempleo</b> .....	43

### SEGUNDA PARTE

#### DOLORES Y MOLESTIAS CRÓNICOS

4. <b>El déficit comercial</b> .....	51
¿Por qué preocuparse por el déficit comercial? .....	52
El porqué del déficit comercial .....	59
¿Puede eliminarse el déficit comercial? .....	64
5. <b>La inflación</b> .....	69
Los costes de la inflación .....	70
Los costes de la desinflación .....	73
¿Y ahora qué? .....	78

## TERCERA PARTE

### PROBLEMAS DE POLÍTICA ECONÓMICA

6. <b>Sanidad</b> . . . . .	83
El problema de la sanidad . . . . .	84
¿Por qué no puede decir no el sistema? . . . . .	86
La reforma de la asistencia sanitaria . . . . .	88
En busca de culpables . . . . .	88
Los sistemas centralizados . . . . .	90
La competición controlada . . . . .	91
¿Se curará sola la asistencia sanitaria? . . . . .	93
7. <b>El déficit presupuestario</b> . . . . .	95
¿Quién tiene miedo del déficit? . . . . .	95
El ahorro nacional . . . . .	97
Los defensores del déficit presupuestario . . . . .	100
El déficit inofensivo: la opinión de la izquierda . . . . .	100
El déficit inofensivo: la opinión de la derecha . . . . .	102
La cuestión de la solvencia . . . . .	104
El punto muerto del déficit . . . . .	108
8. <b>La Reserva Federal fortificada</b> . . . . .	111
Qué hace la Reserva Federal . . . . .	111
Monetaristas, los fanáticos del oro y expectativas racionales . . . . .	113
La victoria de Volker . . . . .	116
La recesión de 1990-1992: un desacierto de la Reserva Federal . . . . .	118
La tacaña Reserva Federal . . . . .	120
9. <b>El dólar</b> . . . . .	125
¿Nos hemos propuesto seriamente reducir el déficit comercial? . . . . .	126
La política del dólar . . . . .	128
¿Cuánto tendrá que bajar el dólar? . . . . .	131
¿Se debería hacer bajar el dólar? . . . . .	133
10. <b>Libre comercio y proteccionismo</b> . . . . .	135
La política del proteccionismo . . . . .	135
Los males (limitados) del proteccionismo . . . . .	137
El proteccionismo y el déficit comercial . . . . .	140
La defensa económica del proteccionismo . . . . .	142
La perspectiva proteccionista . . . . .	147

11. <b>El Japón</b> .....	149
La diferencia japonesa .....	150
¡Que vienen los japoneses! .....	156
¿Hasta qué punto es esto un problema? .....	162
¿Qué hacer? .....	163
La implosión japonesa .....	165

## CUARTA PARTE

### DELIRIOS FINANCIEROS

12. <b>El escándalo de las cajas de ahorros</b> .....	171
Los orígenes de la crisis .....	171
Doble o nada, 1981-1989 .....	173
Repartir la culpa .....	175
Acabar de una vez por todas .....	176
¿Hay más por venir? .....	177
13. <b>Perderlo todo</b> .....	181
Perderlo todo: Lloyd's y sus nombres .....	181
Lloyd's: un mercado peculiar .....	182
La dirección contra los Nombres .....	184
El declive de Lloyd's .....	186
De cómo el cobre se transformó en hojalata .....	188
Cómo acaparar un mercado .....	189
El éxito de Sumitomo .....	191
El fracaso de Sumitomo .....	192
14. <b>Finanzas globales</b> .....	195
¿Cómo es de global el mercado global? .....	196
La deuda del Tercer Mundo .....	198
Financiar frente a perdonar .....	200
El fenómeno de los «nuevos mercados» .....	201
El efecto tequila .....	203
El G7 y la coordinación política .....	205
La economía de la interdependencia .....	206
La importancia limitada de la coordinación .....	207
¿Es perjudicial? .....	208
Las aflicciones monetarias europeas .....	209
Por qué es diferente Europa .....	209
La hegemonía alemana .....	211
La reunificación alemana y la escisión del SME .....	212
Lecciones para los Estados Unidos .....	213

QUINTA PARTE

LAS PERSPECTIVAS  
DE LOS ESTADOS UNIDOS

15. <b>Un final feliz</b> . . . . .	217
¿Una reactivación de la productividad? . . . . .	217
La revolución de la productividad: ¿ahora o nunca?. . . . .	220
Las consecuencias de una explosión de la productividad . . . . .	222
16. <b>Un aterrizaje duro</b> . . . . .	225
¿Otra vez 1929? . . . . .	225
Una crisis de exagerado optimismo . . . . .	227
La crisis de la deuda del gobierno . . . . .	229
17. <b>Inercia</b> . . . . .	233
Una década de inercia . . . . .	233
Volviendo la vista al futuro. . . . .	236
La última partida . . . . .	237

## Capítulo 1

### Crecimiento de la productividad

La productividad no lo es todo, pero a largo plazo lo es casi todo. La capacidad de un país para mejorar su nivel de vida a lo largo del tiempo depende casi por entero de su capacidad para aumentar su producción por trabajador. Los veteranos de la segunda guerra mundial volvieron a casa y a una economía que duplicó su productividad durante los veinticinco años siguientes. En consecuencia, hallaron que alcanzaban niveles de vida que sus padres jamás habían imaginado. Los veteranos del Vietnam volvieron a casa y a una economía que incrementó su productividad menos de un 10 por ciento en 15 años. Por consiguiente, hallaron que no vivían mejor —y en muchos casos peor— que sus padres.

A pesar de que la abrumadora importancia de la productividad debería ser obvia, no todo el mundo lo entiende, o lo que es peor, la gente piensa que la productividad es importante por las razones incorrectas, tales como para fortalecer nuestra competitividad internacional. Por lo tanto, vale la pena pensar un momentito sobre el tema.

Como punto de partida, podría ser útil pensar en cómo estarían relacionados la productividad y los niveles de vida si los Estados Unidos no tuvieran comercio exterior. Esto puede parecer una omisión ultrajante, dado que muchas personas piensan que la productividad es importante precisamente porque necesitamos ser productivos para competir en los mercados mundiales. Pero ello no es realmente correcto, e imaginar una economía sin comercio es una buena manera de ver por qué.



Supongamos, por tanto, que la economía de los EE.UU. no tiene comercio exterior, de manera que todo lo que consumimos tiene que ser fabricado aquí. (Incidentalmente, no se trata de una aproximación tan mala a la realidad. Incluso en 1996, con una economía mundial más integrada que nunca, alrededor del 87 por ciento de los bienes y servicios que consumimos en los Estados Unidos se producirán aquí.) ¿Cómo podríamos incrementar nuestro consumo per cápita?

Como cuestión de pura aritmética, sólo hay tres formas:

- (i) Podríamos incrementar nuestra productividad de manera que cada trabajador produzca más.
- (ii) Podríamos poner a trabajar a una parte mayor de la población.
- (iii) Podríamos apartar una fracción menor de nuestra producción como inversión para el futuro y dedicar más de nuestra capacidad productiva a manufacturar bienes para el consumo corriente.

Obviamente, (iii) no es una manera de incrementar el consumo a largo plazo: podemos consumir más durante un tiempo invirtiendo menos, pero ello seguramente influirá en nuestra capacidad para consumir posteriormente. La opción (ii) puede funcionar durante un tiempo si una fracción sustancial de la población está desempleada o si el cambio social aporta nuevos grupos a la mano de obra. Así, tuvo lugar un rápido crecimiento de la fracción de población empleada cuando Estados Unidos superó la depresión y, nuevamente, en los años setenta cuando las mujeres se incorporaron en gran número a la mano de obra. Pero en el largo plazo hay límites evidentes a ello: podemos aumentar la porción de la población empleada de un 57 a un 62 por ciento, como hicimos en los años setenta y en los ochenta, pero no podemos incrementarla en un 105 por ciento.

Por consiguiente, el único modo en que se puede lograr un crecimiento continuo y a largo plazo de los niveles de vida es aumentando la productividad. En la actualidad, el consumo real per cápita en los Estados Unidos es de unas cuatro veces el de principios de siglo. Lo mismo ocurre con la productividad.

Ahora volvamos a introducir el comercio exterior en el cuadro. Como economía comercial, los Estados Unidos envían al extranjero parte de su producción como exportaciones, mientras importan parte de lo que su gente consume. Si, de algún modo, podemos conseguir importar más sin tener que exportar también más, podemos incrementar asimismo nuestro consumo. Por lo tanto, ello añade dos nuevas maneras en que puede aumentar el consumo per cápita:

- (iv) Podemos importar más sin vender más al extranjero, lo cual significa que tenemos que tomar activos prestados o venderlos para pagar las importaciones extraordinarias.
- (v) Podemos obtener un precio mejor por nuestras exportaciones de manera que podamos permitirnos importar más sin tomar prestado.

Obviamente, (iv), al igual que (v), es una opción únicamente a corto plazo, dado que, al final, los empréstitos precisarán ser devueltos. En cuanto a (v), el problema es cómo persuadir a los extranjeros para que paguen más por nuestros bienes. La única forma fiable de hacerlo es mejorar nuestros bienes, lo cual es en realidad, precisamente, un aumento de la productividad bajo otro nombre.

Por lo tanto, la aritmética básica dice que el crecimiento a largo plazo de los niveles de vida, del mismo modo que la duplicación de nuestro nivel de vida en la generación que siguió a la segunda guerra mundial o multiplicación por diez en los niveles de vida que ha experimentado el Japón desde 1950, depende casi por entero del crecimiento de la productividad.

## **Productividad y competitividad**

Mucha gente cree que la razón principal de la importancia del crecimiento de la productividad para la economía norteamericana es que nos permitirá competir en la economía mundial. Esta idea es falsa: el crecimiento de la productividad no es más (ni menos) importante en una economía abierta al comercio internacional que en una cerrada.

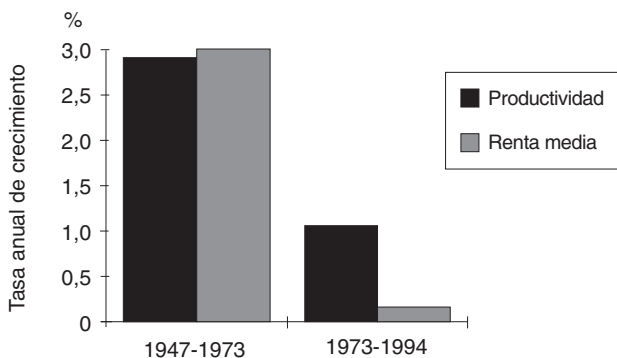


FIG. 5. *Productividad y renta media.* El estancamiento de los salarios familiares reales durante las décadas de los setenta y los ochenta, al igual que la creciente renta de la generación previa, vinieron dados por tendencias en la productividad. La duplicación de la productividad desde la segunda guerra mundial hasta 1973 duplicó también la renta real. El estancamiento de la productividad desde entonces ha mantenido baja la renta familiar.

Para comprender la razón resulta útil desarrollar un experimento mental. En primer lugar, imaginemos un mundo en el que la productividad en todos los países, incluyendo a los Estados Unidos, aumenta el 1 por ciento cada año. ¿Cuál sería la tendencia de nuestro nivel de vida? La mayoría de la gente no tendrá ninguna dificultad en convenir que el nivel de vida de todos los países aumentará un 1 por ciento anual.

Ahora supongamos que el crecimiento de la productividad en el resto del mundo aumenta un 3 por ciento, mientras que aquí se mantiene en un 1 por ciento. ¿Cuál es ahora la tendencia de nuestro nivel de vida? La respuesta automática de mucha gente será que nuestro nivel de vida se estanca o incluso disminuye, porque no lograremos competir. Pero se equivocan.

La respuesta correcta es que nuestra renta real seguirá creciendo un 1 por ciento al año. Después de todo, ¿por qué nos preocupamos por el crecimiento de la productividad fuera del país? Eso sólo importa si afecta a la cantidad de productos importados que recibimos por unidad de productos que exportamos, es decir, el precio de nuestras exportaciones en relación al de las importaciones (conocido como nuestro índice de comercio exterior). Y el crecimiento de la productividad en el extranjero no tiene por qué perjudicar nuestro índice de

comercio exterior, como tampoco es probable que lo mejore. Esto admite varias interpretaciones. Una es señalar que aunque el crecimiento de la productividad fuera del país incrementa la competitividad a la que nos enfrentamos, también amplía nuestros mercados exteriores. Otro es caer en la cuenta de que cuando las compañías extranjeras cuyos productos compiten con nuestras exportaciones se vuelven más productivas, las que nos suministran las importaciones en general también se vuelven más productivas. Y una tercera forma de ver esta cuestión es tener presente que un crecimiento más rápido de la productividad de las industrias extranjeras que compiten con nuestras exportaciones generalmente se traduce también en un aumento más rápido de los salarios, lo cual puede acabar con cualquier beneficio de coste relativo. (Son diferentes formas de ver la misma cosa.)

Así, en principio, el hecho de que el crecimiento de nuestra productividad se retrase respecto al de los demás países no supone ningún problema. ¿Qué ocurre en la práctica? El actual índice de comercio exterior de los Estados Unidos (dejando al margen el petróleo y los productos agrícolas, que están sujetos a movimientos erráticos) disminuyó un 15 por ciento entre 1979 y 1980, y un 2 por ciento más entre 1980 y 1991. Estas cifras son muy pequeñas: ya que las importaciones diferentes del petróleo representan tan sólo el 7 por ciento del PIB, la carga en el nivel de vida norteamericano fue menos de 1/10 de un 1 por ciento al año durante la década de los setenta, menos de 1/50 de un 1 por ciento al año después de 1980.

Por lo tanto, en la práctica, la tendencia del nivel de vida norte-americano viene determinado por la tasa de crecimiento de nuestra propia productividad y nada más. La competitividad internacional no tiene nada que ver.

Sin embargo, si fuera el caso, ¿a qué se refiere la gente cuando habla de la «competitividad» de los Estados Unidos?

Tristemente, la respuesta es que casi siempre quieren decir que no saben de qué están hablando.

Los niveles de vida no son tampoco la única cosa para la cual el crecimiento de la productividad nacional es el factor decisivo. Los cambios en el poder nacional están, en última instancia, dominados por la productividad. Desde la segunda guerra mundial, el crecimiento de la productividad en Gran

Bretaña ha registrado una media de un 1,5 por ciento anual; en el Japón, una media del 7 por ciento. Gran Bretaña ganó la guerra, y el Japón perdió. No obstante, Gran Bretaña se ha convertido en un poder de tercera fila, mientras que el Japón está a punto de convertirse en uno de primera.

Bajo esta luz, la disminución del crecimiento de la productividad americana desde principios de la década de los setenta se convierte en el hecho individual más importante de nuestra economía. Durante los primeros setenta años de este siglo, la producción americana por trabajador aumentó a una tasa media anual del 2,3 por ciento. Durante los años cincuenta y los sesenta, dicha tasa fue del 2,8 por ciento. Sin embargo, desde 1970, nuestra economía ha registrado un crecimiento medio anual de la productividad de sólo el 1 por ciento. Si la productividad hubiera crecido durante los últimos veinticinco años tan rápidamente como lo hizo durante los setenta primeros años de este siglo, nuestros niveles de vida serían ahora, al menos, un 25 por ciento más altos de lo que son.

En comparación con el problema del lento crecimiento de la productividad, todas nuestras demás preocupaciones económicas a largo plazo —la competencia extranjera, la base indus-

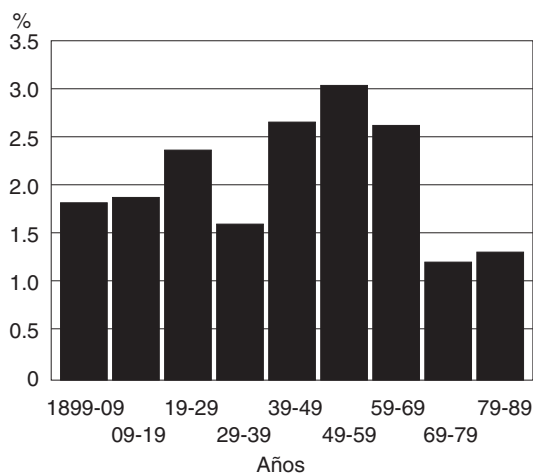


FIG. 6. *Crecimiento de la productividad en los EE. UU.* Las dos décadas transcurridas desde 1970 han registrado el peor rendimiento de la productividad americana del siglo.

trial, tecnología atrasada, infraestructura deteriorada, etcétera— son problemas menores. O, más exactamente, sólo son importantes en cuanto que pueden tener un impacto en el crecimiento de nuestra productividad.

Por lo tanto, la productividad debe ser, obviamente, una cuestión política fundamental, ¿no es así? Pues no. Los economistas y los directivos empresariales intentan ocasionalmente hacer de ella un centro de atención, pero sus esfuerzos son ampliamente ignorados. Tampoco se trata simplemente de un problema de ignorancia pública. Incluso entre los expertos, ya sean intelectuales miembros de una comisión o economistas académicos, la estancada productividad americana no es un tema de moda. Por supuesto es importante, concede todo aquel que piensa en ello. Pero no se puede hacer gran cosa al respecto, de manera que, ¿por qué preocuparse?

Esta apatía entre los expertos se vuelve un poco más comprensible si preguntamos cómo responden los economistas a dos preguntas centrales sobre la disminución de la productividad americana: ¿por qué se produjo? ¿Y qué podemos hacer al respecto? La respuesta a ambas es la misma: no lo sabemos.

Empecemos con la primera pregunta: ¿por qué el crecimiento de la productividad, que tan bueno fue en los años cincuenta y sesenta, bajó después a un paso de tortuga?

Hace una década, cuando la disminución de la productividad era todavía un acontecimiento nuevo, mucha gente pensó que podría ser atribuida a la crisis energética. Se producía en el momento correcto: la disminución de la productividad se hizo evidente por primera vez durante los cinco años que siguieron a la crisis mundial del petróleo de 1973. Esta teoría fue reforzada por el hecho de que la productividad bajó en todas partes, no sólo en los Estados Unidos. De hecho, en Alemania Occidental y en el Japón, la disminución fue incluso mayor que en América (a pesar de que el crecimiento fue mayor en ambos países, tanto antes como después de la disminución).

Muchos economistas no quedaron nunca satisfechos con la explicación de la disminución de la productividad por la crisis energética, debido a varias razones técnicas. Pero el debate técnico se vuelve ahora discutible: en los años ochenta, los precios de la energía bajan enormemente —en términos reales casi vuelven a sus niveles de 1973—. Si la crisis energética de los

setenta provocó el hundimiento de la productividad, entonces la inversión de la crisis energética de los ochenta debería haber estimulado una correspondiente explosión de la productividad. No fue así.

Ello dejó a los economistas con una serie de explicaciones del repentino descenso de la productividad que son poco más que sofisticada charla para un cóctel. Como era de prever, los economistas conservadores culpan al incremento de las reglas gubernamentales. Sin embargo, el crecimiento de la productividad ha sido mayor en las enormemente reguladas economías de la Europa occidental que en los Estados Unidos, y el paso de América hacia la desregularización en los ochenta no ha fructificado en ninguna reacceleración del crecimiento.

Otros economistas apuntan a los efectos a largo plazo de los trastornos sociales de los años sesenta por lo que respecta a la moralidad, la motivación y la calidad de la educación —lo que podría denominarse la «teoría de la generación de la explosión demográfica»—, aunque no es lo que uno llamaría un análisis económico serio. Como dice el economista del MIT Robert Solow, la mayoría de las discusiones sobre el escaso rendimiento de la productividad acaban en un «arranque de sociología *amateur*».

Por lo tanto, no sabemos realmente por qué el crecimiento de la productividad se redujo hasta casi detenerse.

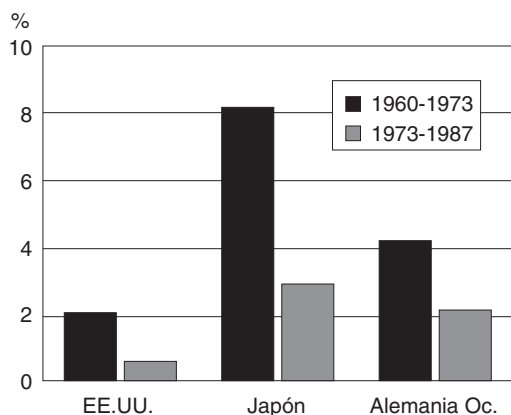


FIG. 7. *Tasa de crecimiento de la productividad.* El crecimiento de la productividad disminuyó en todo el mundo a principios de los años setenta.

Ello hace difícil responder a la otra pregunta: ¿qué podemos hacer para que aumente?

Existe una respuesta de economista estándar. Por desgracia, es bastante deprimente. Si queremos más producción, dicen los economistas, realicemos más inversiones. Demos a nuestros trabajadores más capital para trabajar, y mejor educación, y ellos serán más productivos. ¿Y cómo hemos de hacer estas cosas? Es sencillo: sufriendo. Consumamos menos ahora, de manera que haya más recursos disponibles para inversión. Enviemos a nuestros hijos a la escuela durante más horas, y paguemos los profesores y las aulas que ello requiere. Hagamos estas cosas y aunque puede que seamos menos acaudalados ahora, al final las mismas darán resultado y los niveles de vida subirán. Dentro de diez años —¿o tal vez de veinte?— nuestra productividad será lo suficientemente más alta como para compensar los actuales sacrificios.

Ésta no es una respuesta que inspire un ferviente apoyo político, especialmente cuando uno considera que las causas del hundimiento de la productividad no están obviamente vinculadas a la decreciente inversión en plantas de producción, equipamiento o educación. De hecho, en los años setenta y ochenta, la economía americana dedicó a la inversión una parte tan alta de sus recursos como la dedicada en las décadas de los cincuenta y los sesenta, y una parte mayor a la educación. Simplemente no dio los mismos resultados. Por consiguiente, la prescripción ortodoxa para acelerar el crecimiento de la productividad nos llama a realizar esfuerzos sin precedentes, que deprimirán nuestros niveles de vida a corto plazo, para contrarrestar una enfermedad sin diagnosticar. Éste es el tipo de severo consejo que ha dado lugar a que la economía sea denominada la «ciencia del desencanto».

¿Y no pueden los economistas pensar en algo más agradable que proponer? A finales de los años setenta, cuando la disminución de la productividad era todavía noticia, la cuestión de cómo conseguir que el crecimiento siguiera de nuevo adelante hizo entrar en juego a entusiastas defensores de multitud de esquemas. Los remedios más populares se dividían generalmente en una cuestión de derechas e izquierdas. A la izquierda se situaban los defensores de la «política industrial»: gente como Robert Reich y Lester Thurow, quienes pensaban que



desempeñando un papel más activo en el mercado, el gobierno podía acelerar el crecimiento de la productividad. A la derecha estaban los defensores de la economía de la oferta: gente como Arthur Laffer y Jude Wanniski, quienes creían que *echar* al gobierno del mercado desencadenaría una oleada de dinamismo del sector privado. A pesar de que estos grupos se hallaban en extremos opuestos del espectro político, tenían mucho en común. Estaban fuera de la corriente académica principal, siendo o bien herejes económicos como Thurow o Laffer o no economistas como Reich (abogado) o Wanniski (periodista). Y ofrecieron al sistema político alternativas a la monótona virtud predicada por las autoridades de la economía. Ofrecieron comidas gratuitas: una posibilidad de fortalecer la economía sin dolor.

Cuando Ronald Reagan fue elegido, los defensores de la economía de la oferta consiguieron una oportunidad para poner a prueba sus ideas. Desafortunadamente, fracasaron. No fue un fracaso abyecto que dejó a la economía en ruinas, la economía americana funcionó claramente lo bastante bien durante los años ochenta como para satisfacer a la mayoría de los votantes. Aunque hay algunos economistas que piensan que las políticas económicas de los años de Reagan almacenaron desastres para el futuro de América, tales predicciones de desgracias comportan escaso peso político. Pero aquello a lo que realmente dio lugar la economía de la oferta estaba tan por debajo de lo que ésta prometió que todo el ardor escapó del movimiento. Los republicanos ganaron las elecciones de 1988, pero los defensores de la economía de la oferta no formaban parte del partido victorioso. El equipo económico de Bush está formado por lo que los ingleses llaman *Tory wets*:\* a pesar de que son nominalmente conservadores defensores del libre mercado, no están dispuestos a contemplar más cirugía radical en la economía, e incluso han tenido la tentación de regular áreas como el medio ambiente y los mercados financieros.

Los apóstoles de la política industrial consiguieron su propia oportunidad, aunque más limitada, durante el mandato de Bill Clinton. Robert Reich se convirtió en el secretario de

\* En Inglaterra reciben el nombre de *Tory wets* los conservadores moderados. (*N. del t.*)

Trabajo; se sabe que el presidente es un admirador de las obras de Lester Thurow. Pero los que fueron defensores de una política industrial global han moderado sus propuestas a una escala mucho menor. A principios de 1993, la nueva administración introdujo con bombo y platillos un conjunto de subvenciones e iniciativas tecnológicas que podrían denominarse política industrial, pero la suma de que hablamos no excedía los 4.000 millones de dólares al año, pura calderilla en una economía de 6 billones de dólares. El sistema político simplemente carece de apetito por un experimento a gran escala en política industrial.

Entonces, ¿qué vamos a hacer en los Estados Unidos respecto del crecimiento de la productividad? Nada.

Bueno, no exactamente nada. Hay varias cosas que el gobierno puede hacer que podrían acelerar el crecimiento de la productividad sin grandes riesgos políticos, desde favorecer mayores niveles de educación a apoyar algunos consorcios de investigación industrial. Estas cosas se intentarán, y algunas de ellas pueden incluso funcionar un poco. Pero, en la actualidad, el consenso político básico es que una tasa baja de crecimiento de la productividad es algo con lo que América puede vivir. Podemos confiar en que algo aparecerá y que el crecimiento de la productividad se acelerará espontáneamente. Como veremos en el capítulo 15, hay incluso signos de que nuestro deseo se vea colmado. Pero no hacemos gran cosa más que desearlo.

Así, éste es nuestro primer gran problema. El crecimiento de la productividad es el factor individual más importante que afecta a nuestro bienestar económico. Pero no es una cuestión de política económica porque no vamos a hacer nada al respecto.